

## CAPÍTULO 6

Amaneció sin que se dieran cuenta, Kitano y Palucci seguían en los sillones del salón de la casa, no hablaban, ni siquiera se miraban, pero notaban la presencia del otro y eso, al menos para Jake, era de agradecer. Él nunca había matado a nadie, había tenido muchas ocasiones de hacerlo, pero se negaba a traspasar esa fina línea de no retorno, la de total imposibilidad de redención. Y sin embargo, un par de horas antes había matado sin pestañear a una persona, que tal vez tenía hijos o padres que nunca volverían a verlo con vida. Se estremeció.

¿Qué le separaba ahora de aquella mujer que estaba sentada en su salón? ¿Acaso la venganza justificaba tal aberración? Sabía que no, y que tendría que vivir con el peso de la culpa hasta el fin de sus días. Intentaba acallar su mala conciencia con un pensamiento: que había ayudado a eliminar a un sucio pervertido de la faz de la tierra. Mas eso no hacía que no fuera un asesino.

Decidió dejar de compadecerse de sí mismo al menos hasta la noche. Había asuntos que requerían concentración. Aquella mañana tenía que ir con Puzzo a hablar con los Yakuza. Tenía que activarse si no corría el riesgo de que los remordimientos lo terminaran por paralizar. Necesitaba aparentar normalidad, rodearse de situaciones cotidianas en la medida de lo posible.

Fue a la cocina y preparó café, cogió una de las tazas con una pequeña jarra de leche y se la dejó a la japonesa en la mesita del salón mientras él se preparaba la ducha. La mujer no dio señales de haberse percatado de sus movimientos, aunque Jake sabía que ella vigilaba cada susurro que escuchaba, cada leve movimiento. Suponía que era deformación provisional. Seguramente mucha gente deseaba verla muerta, y tenía que estar atenta a cualquier cosa, ya que esa podría ser la diferencia entre vivir o morir. Dejó de mirarla desde el quicio de la puerta y se metió en la ducha.

Quizá, pensó, tenía una hermana gemela y era ella quien lo atacó aquella noche. Rápidamente lo rechazó, dos personas como Kitano en el mundo eran demasiado. Pensar en ella le ayudaba a no pensar en él.

## CAPÍTULO 6

Cuando salió, ya bien vestido y arreglado, Hanako se había marchado. No sin antes beberse el café. Había una nota debajo de la jarrita que recordaba la hora a la que habían quedado después de su cita con los japoneses.

Puzzo empezaba a impacientarse. Odiaba que la gente llegara tarde, sobre todo cuando él ya había llegado media hora después. Cuando vio acercarse a Palucci lo recibió con una mirada de reproche.

Aquellos hombres eran muy diferentes: el primero siempre lucía trajes impecables de diseñadores caros, y se acomodaban perfectamente a su porte. Sabía cuando y como sonreír, o hablar; era el perfecto relaciones públicas. Aunque cuando no estaba en su papel, era demasiado socarrón e irónico y eso le había costado el odio de mucha gente. Jake, por el contrario, aunque atractivo, era un poco desgarbado, su pelo se resistía a ser peinado dándole un aspecto descuidado y parecía estar siempre cansado. Era un hombre tranquilo, de mirada inteligente y observadora, con un aire a profesor universitario que era idóneo para su profesión, ya que no parecía alguien que trabajase para Don Cardone.

Miró su rolex. Los japoneses no solían retrasarse. En Nueva York era fácil confundirlos con simples de hombres de negocios japoneses que trabajaban en la Gran Manzana a no ser que estuvieras acostumbrado a tratar con ellos. Eran muy pocos todavía y dependían de los grupos de la costa Oeste, donde se estaban expandiendo rápidamente aprovechando el puente de Hawai.

Aquel a quien esperaba la extraña pareja de italoamericanos era Yoichi Kato, y no había llegado tarde en absoluto. Estaba sentado en una tranquila terraza en la plaza pública. Con sus gafas de sol nadie percibía su ascendencia japonesa. El motivo por el cual no hacía notar su presencia era que él no había llegado a Nueva York para ayudar a sus compatriotas, ni estaba allí para dar

## *CAPÍTULO 6*

información a aquellos dos hombres que parecían estar bastante perdidos, sobre la nieta del capo de la Cosa Nostra; estaba allí para buscarla a Ella. Sabía que estaba en la ciudad, y si tenía suerte uno de aquellos hombres al menos, le pondría en la pista de su paradero. Tenía un asunto pendiente que saldar. Cerró su mano derecha con fuerza, por su culpa había perdido un dedo, con razón.

A los pocos minutos se levantó lentamente, dejó un billete de diez en la mesa y se quitó las gafas de sol mientras se acercaba a la pareja. La conversación fue corta, se limitó a decir que los japoneses no tenían nada que ver con la desaparición de la niña; de hecho eran tan pocos que sus movimientos eran consultados a los capofamiglias para evitar problemas.

Aunque no parecían muy convencidos, aceptaron su palabra. El más joven pareció sorprendido al verlo, como si hubiera reconocido rasgos familiares. Eso le dio esperanzas. Los occidentales solían percibir con extrañeza los rasgos mestizos en un japonés, sin embargo no mostraban extrañeza ni curiosidad. Esto le hacía pensar que Hanako haber tenido algún contacto con ellos.

Para ver como respondían, se ofreció a ayudar en la búsqueda de la nieta del italoamericano. La reacción no se hizo esperar: “No...gracias...un grupo reducido llama menos la atención. Si necesitamos más información le llamaremos”. Él sonrió “pensaba que trabajaban con otra persona, una japonesa”.

El joven, que cada vez estaba más nervioso, abrió la boca para hablar mientras se quedaba blanco. El sobrino del capo salvó la situación cogiendo las riendas de la entrevista e imperturbable, contestó “No, caballero, pensaba que ustedes, los orientales, sabían distinguir mejor que nosotros las distintas razas. Nuestra compañera es coreana, al menos sus padres lo son, ella nació en Chicago, es amiga mía desde que éramos pequeños. Ojalá fuera japonesa ¿sabe? Al menos ustedes no comen sopa de perro” “Vaya – pensó – ella los ha avisado, si no hubiera estado éste le hubiera

## CAPÍTULO 6

podido sacar algo al novato”.

Se despidieron cortésmente y cada uno se fue por su lado.

Palucci sabía que había estado a punto de joderlo todo. Le había sorprendido que su contacto fuera sólo mitad japonés como Hanako, y había olvidado por completo la negativa de ésta a acompañarlos, seguramente tendría algo pendiente, seguramente... Lo más sorprendente fue que Puzzo hubiera reaccionado tan rápido, la había defendido, y no parecía que él tuviera más lealtades que consigo mismo y su familia.

Durante su largo paseo hasta la zona de reunión con Hanako, Puzzo recibió una llamada inesperada. No era a su móvil del trabajo, sino a su busca, y eso quería decir que sólo podía ser una persona. Se acercó a la cabina más cercana y llamó al teléfono indicado en el mensaje.

Vaya, pensaba que no querías saber nada de esto – dijo socarronamente antes de que cualquier persona pudiera contestar.

Sabes que no quiero, pero tampoco puedo dejar de pensar en la pequeña, ya sabes.

Sí, ya sé. ¿Tienes algo para mí?

Algo, no es mucho. El colegio es privado y católico, en él estudian hijos de gente mucho más importante que tu tío. De hecho los Genovese tienen allí a varios chiquillos. Por lo que deberíamos descartar el móvil de la venganza. También hay algunos niños con padres políticos, así que los motivos económicos tampoco lo veo factible...

Puzzo le cortó – Ve al grano tío, ya hemos descartado a los otros grupos. No hay rusos, chinos, japoneses, jamaicanos, turcos ni nadie metidos en esto. No ha llamado nadie pidiendo un rescate... Dime algo nuevo. – Puzzo no estaba enfadado, su voz arrastraba las palabras demostrando la desesperación y el cansancio de aquel que se encuentra en una calle sin salida. – Dame sólo algo donde buscar... Por favor.

## CAPÍTULO 6

Vaya... está bien. Siento no poder ayudarte mucho más, amigo, sabes que si estoy llamando es porque me preocupo y no quiero que acabes en la trena, imbécil. – Su voz era dura, como de alguien que se había criado en la calle, pero educada, tranquila. – Algo nuevo... hace cosa de dos semanas se le acabó el contrato a un monitor de la clase de la cría, no le renovaron. Según algunas madres, se acercaba demasiado a ella, de hecho le regaló un osito en su cumpleaños. Deberías seguir por ahí. – El mundo volvió a abrirse para Puzzo, había una pista, una pequeña y débil, pero lo había. Seguramente ese pervertido se la había llevado... Sí, seguramente todo acabaría bien.

El interlocutor de Puzzo le dio las señas del Sr. Jack Fisher, vivía en el Bronx. Se despidieron rápidamente. Así era su relación desde que su mejor amigo había decidido entrar en el FBI. Se había ido a Nueva York por él, y siempre se habían ayudado, y en esto no le había defraudado.

Una hora después cogían el coche de Kitano para el Bronx. Las armas cargadas y el ánimo levantado, los tres pensaban que la encontrarían allí, mejor o peor, pero al menos no habría estado en manos de ninguno de aquellos tipos del metro...¿O sí?

Jack estaba colocado, no mucho, pero lo suficiente para darse cuenta. Pete y Phin habían ido a jugar a la Play con una hierba increíble que habían conseguido en el campus. Ahora él había perdido y tenía los dedos entumecidos y el culo dormido, miraba sin ver a sus colegas sentados en los cojines y gritando mientras aporreaban los mandos y luchaban por ver quien ganaba y se libraba de pagar la comida.

Alguien llamó a la puerta y se levantó rezando para que fuera el tipo de la pizzería, la hierba siempre le había dado hambre y hoy su estómago rugía como un león. Antes de que su mano terminara de hacer girar el pomo de la puerta sintió un fuerte golpe en la cara y perdió el conocimiento.

## CAPÍTULO 6

Cuando despertó no podía creer lo que veía. Phin estaba inconsciente en el salón, y sangraba por una herida en la frente donde nacía el pelo, y Pete lo miraba aterrorizado desde el cojín, con las manos atadas y la boca tapada con una mordaza en la boca.

Empezó a tener consciencia de lo que pasaba alrededor. Estaba sentado en una de las sillas de la cocina. Tenía las piernas y las manos atadas fuertemente. Le dolía, le dolía mucho. No entendía qué pasaba, en aquella zona no había tanta delincuencia, y si se robaba alguna casa se solía hacer cuando no había nadie, para evitar problemas. Comenzaban a cerrársele los ojos de nuevo cuando le tiraron agua helada en la cara, empapando la ropa que se adhirió al cuerpo inmediatamente y sin darse cuenta, se meó encima.

- Sabemos que la tienes ¿Dónde está? ¿Se la has dado a alguien maldito cabrón? – la voz era de hombre, venía de detrás de él ¿Qué era lo que tenía? ¿La hierba? ¿Era de la poli?

- E – e – e – está en la cajita que está al lado de la tele, pero por favor, no me hagan daño, ¡Sólo es un poco de hierba! ¡Dios mío, no me hagan daño!.

Alguien se colocó delante de él, tan pegado a su cara que no podía enfocar bien y aún así no podría saber qué cara tenía. Era una mujer porque si miraba hacia abajo veía su pecho y un revólver con silenciador bajo su axila.

– No, no te preguntamos por la marihuana, queremos saber donde está la niña ¿Dónde está Leonor? – Aquello sí que le sorprendió, ¿Leonor? Hacía que no la veía desde que lo echaron del colegio. No entendía nada, nada de nada ¿Qué estaba pasando? ¿Porqué? ¿Por qué? ¿Por qué?

- No lo sé, no lo sé, no la veo desde hace dos semanas... ¡De verdad que no lo sé! – La mujer se alejó un poco y por fin la vio bien, pelo negro, ojos claros, le cogía de la mano, le cogía un dedo y un enorme dolor le dejó ciego por momentos, notaba una pulsación extraña en la mano, y supo que aquella mujer le había roto el dedo ¡y su cara ni siquiera demostraba enfado! - ¡Por Dios!

## CAPÍTULO 6

¡Por Dios! ¿Pero qué he hecho? ¡Por favor! ¡No me maten! ¡Yo no he hecho nada! ¡Juro que no sé nada! – Lloró, se sentía sólo y sabía que iba a morir allí, sin ayuda, sin saber siquiera porqué estaban aquellos psicópatas allí. Le dolía tanto la mano... Sin querer llamó a su madre sin que pudiera controlar su cuerpo. - ¡Dios mío!

- Él no ha hecho nada, se ha cagado el muy guarro... Te esperamos en el salón, acaba con esto. Otro callejón sin salida. – Puzzo golpeó la nevera con el pie - ¡Mierda! ¡Date prisa!

- Por favor... - Iba a morir, allí, sólo, sin razón y ni siquiera lo iba a hacer con dignidad.

- Escucha, - dijo la mujer - escúchame bien. Te voy a soltar y te voy a golpear, a dejar inconsciente, y cuando te despiertes no recordarás nada... ¡Deja de llorar y escucha! Si por casualidad te acordaras, que ten por seguro que si dices algo sobre lo que has visto y oído, te buscaré y cuando te encuentre, lo que has pasado hoy te parecerá el mejor momento de tu vida... ¿Entendido? – Le hizo abrir los ojos y, sujetándole la mandíbula con tanta fuerza que le hizo sangrar las encías, le aguantó la mirada. Y en el fondo de sus pupilas sólo pudo ver un abismo negro. La nada. - ¿Entendido? – Él asintió con la cabeza, ella lo soltó y pudo ver sus enguantadas manos – Ahora me dirás porque te echaron de la escuela, y si antes de irte viste a alguien acercarse a Leonor o a alguien extraño por la zona.

- Sí... Me echaron porque... porque se enteraron de que soy gay. El director me vió en el cine con mi novio, Richard. Por eso no me renovaron, me – me había prometido el sueldo fijo, digo, el puesto fijo. Pero se enteraron y a cambio de que no les denunciara me pagaron una, una pasta. – La cocina le estaba dando vueltas y la mujer empezaba a antojársele borrosa.

- ¿Viste algo raro? ¡Habla!

- Eh... sí, sí, se lo dije al director pero no quiso escucharme, la niña llevaba semanas hablándome de que había visto un ángel, que lo podía ver y podía hablar con él, que era su amigo...

## CAPÍTULO 6

ella no es muy buena haciendo amigos ¿Sabe? No, no le hice caso pero un día la vi correr hacia el parque infantil con un tipo muy extraño, iba con el cuello hacia arriba y no se le veía bien, cuando me acerqué se había ido, y cuando fui a dirección no me hicieron ni caso... ya sabían lo mío.

- Dime como era, descríbemelo mejor. – Pero los ojos de Jack se habían cerrado y supo que la morfina había terminado de hacer efecto.

En la oscuridad de su habitación de hotel no podía si no pensar en ella, por mucho que se esforzara, después del tiempo pasado, seguía viendo su silueta en el marco de la puerta, observándolo. El dolor que le había causado fue para salvarla, pero esa mentira guardada durante tantos años, habría dejado una marca muy fuerte en su corazón, y aunque él intentara explicarse ahora... ¿De qué serviría?

Muchas noches, con el cuello de la botella de sake fuertemente asido, se lo contaba a su fantasmal compañera, una y otra vez, hasta que las nieblas del alcohol la alejaban o la acercaban tanto que a veces creía oler el aroma de su piel.

Ahora estaba allí, había trabajado mucho para conseguirlo y, por fin, los miembros del consejo le habían retado a su última prueba: acabar con la mujer huida. Ellos creían que él estaba “arrepentido”, al menos convencido de que realmente quería seguir perteneciendo al clan. Y realmente tenían razón. No es que estuviera arrepentido, sabía que si hubiera seguido adelante los dos habrían muerto sin ni siquiera tener el control de sus vidas. Los dos eran jóvenes, impetuosos, y eso habría sido su completo final. Por eso reuló, pasó los siguientes años trabajando y así llegó a apreciar su puesto en todo aquello, sabía que si esperaba lo suficiente lo que anhelaba llegaría. Y allí estaba. Sólo había que esperar un poco más y asegurarse de encontrarla antes de que otros lo hicieran.

## CAPÍTULO 6

Había tardado meses en encontrar una pista sobre su presencia, sólo rumores y miedo. Una vez creyó haberla visto cerca de un pequeño lago en Central Park, pero era imposible... ¿Porqué saldría a plena luz sin ser necesario? ¿Acaso se estará volviendo vaga? Cuando empezaron a oírse rumores sobre la desaparición de una niña relacionada con un capofamiglia de la ciudad empezaron también los que decían que el famoso “samurai” sería el encargado de castigar al culpable. Ahí fue cuando empezó a buscar, pero ninguna de las personas con las que habló le dijeron nada, la ley del silencio pendía sobre el samurai, uno de los protegidos de los italianos, no había nada que hacer.

Sus contactos le dijeron que un italiano se había puesto en contacto con ellos para una “entrevista” personal, así que fue él, estaba claro que ella no estaría en la reunión, pero quería analizar a los tipos, y sabía que había acertado.

- Sé que ya nada puedo hacer, sólo esperar. Sé que puede que nuestro encuentro acabe conmigo, pero he de hablarte, he de decirte que fue la única forma de que decidieras marcharte, la única manera de que al menos uno de los dos tuviera la vida que deseaba. ¿Lo entiendes? No, no lo entenderás, yo tampoco lo haría si fuera tú. Ni siquiera sé lo que habrás sufrido por mi culpa, pero ahora eres libre, libre de decidir qué quieres hacer. Aunque no entiendo muy bien como sigues trabajando, sé que tienes dinero suficiente, no lo haces por eso... Supongo que nosotros no tenemos mucha elección, somos lo que somos y hay cosas que no se pueden cambiar, es nuestra vida y la que nos define. Ojalá pudiéramos haber hablado una última vez, ojala, pero no lo hicimos. Nuestro último adiós fue un beso rápido y a escondidas tras los jardines de tu casa. Al menos dame un último beso, de esos de verdad, de los que uno pueda recordar siempre.

Se quedó dormido.

Kitano se hizo eludió contestar cuando le preguntaron porqué no había acabado con aquellos

## *CAPÍTULO 6*

tres chicos. Al menos al principio, no se sentía con la obligación de darle explicaciones a ninguno de sus compañeros, pero la cosa cambió cuando fue el señor Cardone el que la llamó.

Al principio parecía enfadado, pero cuando le explicó que al matarlo atraería la atención sobre una persona que había estado cerca de la niña, y que no era buena idea - menos aún cuando era inocente, al igual que sus amigos - terminó por calmarlo un poco.

Estaba segura que no les delatarían porque a cada uno les había inyectado una sustancia (preparada por ella misma, a base de morfina, anestésicos y suero de la verdad) una vez los tenía atados. Todo lo que dijeron era cierto y no se acordarían de nada. Las heridas las identificarían que era un asunto de ajuste de cuentas por la marihuana y ya está.

El señor Cardone estaba cada vez más inquieto, y más furioso. No con sus “empleados”, si no consigo mismo y, sobre todo, con aquella persona que se llevó a su nieta. Antes de terminar su conversación con Hanako le dio una última instrucción: “Tráeme vivo a ese cabrón”. Y por supuesto, la japonesa lo haría. Ella siempre cumplía sus órdenes sin dudar, sin pestañear siquiera. Pero, ¿Encontrarían sus hombres al culpable? Sin que ellos lo supieran, les dio dos días más. Si no encontraban a su pequeña Leonor dentro de dos días, se entregaría al FBI y les suplicaría su ayuda. Prefería morir antes que hacer sufrir a su familia una vez más.